



**Una mochila de herramientas:
Mujeres y resistencias.
Suacha desde las periferias.**

“La mochila sembradora”

**Presentado por
Jessica Tatiana Gonzalez Maldonado
Código: 2019153041**

Trabajo de grado para optar por el título de Licenciada en Educación Comunitaria

**Tutor:
Camilo Losada Castilla
Universidad Pedagógica Nacional de Colombia
Facultad de Educación
Licenciatura en Educación Comunitaria
Año: 2025**

Agradecimientos

Figura 1.

Guardianas de saberes huerteras yerbateras



Nota: Tomado de Tatiana González. 2025, huerta.

Dedico este trabajo, primero que todo, a mi madre, que ha sido y sigue siendo la raíz de mi vida y la inspiración para hablar de siembra. A ella, que con su sabiduría y trabajo cotidiano me enseñó a cuidar, a resistir y a florecer en medio del caos.

A las hermosas señoras de Suachita: Nubia, Luz, Yesica, Constanza, Rosa, Maritza, Cristina, Adela y Leydi, por su ternura, por su sabiduría, por sus cuidados y su presencia amorosa en mi camino. Gracias por ser abrigo, por caminar conmigo, por enseñarme.

A mis amigxs del alma, quienes me apañaron, me aconsejaron, me dieron refugio y me sostuvieron emocionalmente para sacar adelante este proceso. A mis abuelas y abuelos, tanto maternos como paternos, que son parte de esa memoria viva que me impulsa a hablar de siembras y cosechas, no solo en la tierra, sino también en la vida.

A mi bello territorio, al que amo con fuerza, por ser tierra nativa de resistencia, porque, aunque el olvido lo cubra y el sistema lo deslegitime, sigue de pie. Como yo:

diferencia encarnada en un sistema que nos margina por ser pobres, raras, locas, mujeres, campesinas, yerbateras, rebeldes, intelectuales, putas, lesbianas. A ese territorio que me vio nacer y que hoy reverdecemos con mis manos, junto a lxs míxs.

A mi familia, que siempre desde sus bases me han apoyado en cada paso. A mi compañera de vida perruna, Fidela, que con su apañe me brinda cariño del más espiritual, amor del más noble.

A mis pies y manos, que son mi cuerpa-trinchera, la que sostiene mis pasos y mis siembras en medio de este sistema pútrido: patriarcal, capitalista, colonial, homofóbico.

Gracias a mi tutor, por sembrar en mí la rebeldía de lo raro, esa que nos permite transgredir la norma desde epistemologías del desvío, desde la herejía pedagógica. Y a mi querida línea de género y diversidad, donde me he podido reconocer, sanar, abrazar mis heridas patriarcales y empezar a coserlas con amor, comunidad y memoria.

Y finalmente y claramente menos importante a Ley, quien me acompaña y me copea en lo que soñemos colectivamente, a su neurodivergencia que junto a la mía son detonantes antes las heridas patriarcas y son una trinchera de refugio de ternuras raras.

Agradecida con la vida, con la tierra...
Seguimos vivxs, Madre Pacha Mamá de Abya Yala. Aquí seguiremos, incomodando lo “normal”, por los siglos de los siglos... ¡Auuuu!

Figura 2

Las yerbas como maestras



Nota. Fotografía tomada por Leydi Uyaban (2025). Usada con permiso.

“yo no soy de la calle, soy de mi cuerpo. Me paro en 2 metros sobre el asfalto que me recibe sin preguntarme por el polvo que se levanta sobre mis piernas desnudas. Yo no soy de la noche sino de mi cuerpo, me levanto erguida, bella, digna entre ecos de amorcitos ya olvidados. ¡Que yo no soy trinchera ni el depósito de sus odios! Soy la vida misma y las extensiones de mi cuerpo. Soy la erección que se pronuncia frente a este espejo que con deseo me observa.”

Camilo Losada Catilla

Tabla de contenido

Agradecimientos.....	2
Tabla de contenido.....	5
Introducción.....	6
Capítulo I: Seleccionando los hilos, sus colores, sus texturas, sus orígenes, sus raíces....	8
• Tejiendo la base: Reconstrucción de memorias y saberes.....	11
• Hilos y puntadas de raíces que se entretajan en las historias barriales.....	17
• Cuando los hilos necesitan desenredarse. Destejer para retejer Punto de partida y problematización.....	19
• Objetivo general y específico.....	22
Capítulo II: Enfoque metodológico.....	23
• Método de investigación: Investigación-Acción.....	25
Capítulo III: La Mochila Sembradora: Saberes de Mujeres que Desobedecen Sembrando.	37
Capítulo IV: Marco teórico.....	46
Capítulo V: Conclusiones	52

Introducción

Este trabajo se inscribe en el paradigma crítico-social, desde un enfoque feminista y decolonial, partiendo de la convicción de que el conocimiento se construye colectivamente, desde experiencias situadas, y no desde posiciones neutrales ni hegemónicas.

Este proyecto nace del vientre de la montaña, de la esquina alta de una comuna, de esos márgenes geográficos y simbólicos que han sido históricamente excluidos de la narrativa oficial. Surge desde el cuerpo-territorio de mujeres que, entre el rebusque, la siembra y el cuidado, hemos sostenido la vida en un país donde todo parece estar diseñado para negarla. No se trata de una propuesta distante ni neutra: es un acto de afirmación política, antipatriarcal, anticapitalista y anticolonial, que se levanta desde el barrio, la huerta y la palabra tejida.

Habitamos Suacha —y escribimos Suacha, con “u”— no como un error gramatical, sino como una decisión de memoria. Reconocemos en esa letra silenciada la huella de los pueblos originarios, la resistencia viva que aún palpita en los saberes populares, en la tierra cultivada, en los cuerpos que crían, curan y enseñan. Este proyecto, entonces, se construye desde una geografía de la re-existencia: desde las periferias que no son vacío, sino origen; que no son carencia, sino potencia.

Aquí nos reunimos mujeres diversas, en búsqueda de oportunidades, migrantes internas, excluidas de los derechos básicos, pero profundamente arraigadas a la vida comunitaria. Desde el 2019 venimos entretejiendo un proceso de organización barrial a través de la Escuela Agroecológica *Todas por la Naturaleza*, un espacio que es escuela, pero también refugio, territorio, tejido y trinchera. Allí, la agroecología no se enseña como técnica, sino que se vive como postura política: cuidar la tierra es cuidarnos entre nosotras.

Este trabajo es el resultado de un proceso colectivo que busca visibilizar las formas en que las mujeres resistimos, aprendemos, sembramos y nos sostenemos en medio de contextos hostiles. A través de prácticas agroecológicas, círculos de palabra, pedagogía

comunitaria y creación simbólica, hemos construido una caja de herramientas que recoge nuestras formas de hacer y de pensar: La Mochila Sembradora. Este dispositivo pedagógico, afectivo y territorial será el hilo que acompañe cada capítulo de este recorrido.

Más que un objeto, La Mochila es síntesis viva de lo que somos: mujeres que siembran la vida en condiciones de vulnerabilidad, que convierten el juego en aprendizaje, el dolor en memoria, la cocina en resistencia. En ella se encarna este proyecto: una apuesta por la soberanía del cuerpo, la tierra y el conocimiento; una propuesta pedagógica para otros territorios, otras mujeres, otras formas de habitar el mundo. Como señala Claudia Korol, "las pedagogías feministas populares parten de nuestros cuerpos, de nuestras historias, de nuestras luchas, para tejer conocimientos que transformen la vida, no sólo la teoría" (Korol, 2017, p. 28).

Este documento no pretende hablar "sobre" las mujeres de Suacha, sino con ellas y desde nosotras. Es una construcción desde dentro, que entrelaza metodologías vivas, teorías situadas y experiencias encarnadas. Lo que sigue es un viaje de palabras sembradas en el territorio, una cartografía de saberes, una memoria en movimiento. Una mochila llena de herramientas tejidas con dignidad.

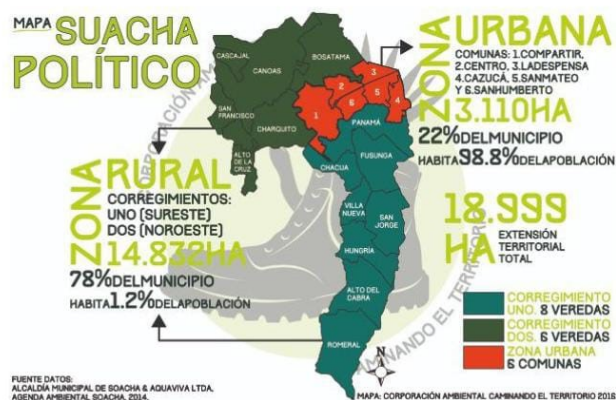
Capítulo I

Caracterización

- **Seleccionando los hilos, sus colores, sus texturas, sus orígenes, sus raíces**

Figura 3

Mapa político del municipio de Suacha¹



Nota: Tomado de Facebook.

Comenzaré con una aclaración gramatical para contextualizar mi lugar de enunciación: a lo largo de este documento escribiré *Suacha* con "u" y no con "o", como aparece registrada oficialmente. Esta elección responde a un proceso de reconocimiento y resistencia cultural, una forma de reivindicar la memoria de los pueblos indígenas que han sido históricamente marginados y cuyas lenguas fueron silenciadas por la imposición del español. Como señala Moreno Cabrera (2018), la lengua no es solo un sistema de comunicación, sino también un vehículo de identidad y resistencia cultural, y en este caso, la grafía de *Suacha* refleja una apuesta política y simbólica en favor de la memoria ancestral.

¹ Tomado de: <https://web.facebook.com/photo/?fbid=534764873380409&set=a.534764790047084>

Usar Suacha en mi proyecto de grado es una manera de honrar mis raíces y visibilizar la herencia indígena-campesina que aún pervive en la comunidad, en las prácticas agroecológicas y en las luchas de resistencia de las mujeres del territorio. Así, el uso de este nombre no es solo una decisión lingüística, sino también un acto de re-existencia frente a la colonización; es devolverle su identidad original a un nombre que, como la historia de sus habitantes, sigue tejiéndose en la memoria colectiva.

Conocida como la "ciudad de las lechuzas" o la "ciudad de Xua-Chia" —donde *Xua* significa sol y *Chia*, luna, en lengua muisca—, Suacha es motivo de orgullo para este pueblo ancestral. A lo largo de su historia, ha llevado consigo el peso de su ubicación estratégica y los dones otorgados por Bachué y Bochica. Su legado milenario, aunque discreto, es profundo y significativo, reflejando la esencia de un pueblo "ungido con honor" (Radio Nacional de Colombia, s.f.).

Hoy, Suacha es el reflejo de una Colombia en miniatura, un refugio para quienes buscan una vivienda accesible. Su crecimiento acelerado la ha convertido en la ciudad dormitorio del sur de Bogotá, acogiendo a miles de personas en busca de nuevas oportunidades.

Ubicada a poco más de una hora al sur de Bogotá, Suacha se extiende sobre 184 km² en la Cordillera Oriental, en el extremo suroccidental de la sabana de Bogotá. Esta posición estratégica ha facilitado, desde hace más de 10,000 años, como bien lo mencionamos, la llegada de visitantes al centro del país.

Desde tiempos inmemoriales, Suacha ha sido un punto de encuentro para quienes, guiados por la riqueza hidrográfica de Colombia, llegaban al altiplano cundiboyacense. Fue la puerta de entrada para viajeros que, siguiendo el río Magdalena, encontraban en Suacha un lugar de descanso y soporte para el crecimiento de la capital y del país (Radio Nacional de Colombia, s.f.).

La riqueza arqueológica de Suacha comenzó a revelarse con las urbanizaciones previas al desarrollo industrial de la década de 1950. Las excavaciones para construir emporios industriales desenterraron vestigios ancestrales, incluyendo los primeros restos

humanos del altiplano cundiboyacense en los abrigos rocosos del Tequendama. Pictogramas y piedras con formas zoomorfas y antropomorfas fueron halladas en las enormes rocas que han sido testigos del crecimiento de Suacha. Hasta los años 70, se registraban 35 rocas con arte rupestre; actualmente, debido a la explotación minera, solo quedan cinco.

En el siglo XVIII, Suacha se perfilaba como un epicentro de desarrollo con la construcción de una línea férrea que conectaría el centro del país. Las enormes casonas coloniales albergaban a familias de alta alcurnia, y el colegio María Auxiliadora ofrecía educación acorde a la época. La extracción de materiales como piedras, carbón y mármol de sus montañas impulsó el crecimiento de empresas mineras y estos recursos fueron fundamentales para las grandes construcciones de la capital, incluyendo catedrales y edificios gubernamentales. El mármol embelleció palacios, y el carbón suachuno apoyó el desarrollo de otras regiones. Incluso la hidroeléctrica construida en 1900 en la población del Charquito proporcionó luz a Bogotá, beneficiando a los habitantes de Suacha veinte años después. Empresas como Icollantas, Conalvidrios, Espumados, INDUMIL, Eternit, Stanton y 3M Colombia se establecieron en el municipio, consolidándolo como un "emporio industrial" (Radio Nacional de Colombia, s.f.).

Las ancestras y ancestros de Suacha han dejado un legado invaluable, presente en los gestos cotidianos de sus habitantes y en la resistencia del territorio, que ha sido refugio para muchas y muchos. Esta herencia, posiblemente transmitida por las comunidades indígenas que habitaron la región, ha convertido a Suacha en un espacio de acogida. A pesar de las dificultades, su sabiduría ha perdurado, manteniendo vivas sus tradiciones. La riqueza histórica, cultural y humana de Suacha es, sin duda, su mayor fuente de arraigo y fortaleza.

Administrativamente, Suacha se divide en seis comunas urbanas y dos corregimientos rurales:

Comunas:

1. Comuna 1 (Compartir), Incluye barrios como Compartir, Ciudad Latina y Villa Sofía.

2. Comuna 2 (San Mateo), Destacan barrios como San Mateo, Hogares Soacha y Ciudad Verde.
3. Comuna 3 (La Despensa), Comprende barrios como La Despensa, El Trébol y Cazucá.
4. Comuna 4 (Cazucá), Incluye sectores como Altos de Cazucá y Santo Domingo.
5. Comuna 5 (San Humberto), Barrios como San Humberto y otros.
6. Comuna 6 (Ubaté), Barrios como Ubaté y otros.

Tejiendo la base: Reconstrucción de memorias y saberes

En la comuna 6 del casco urbano del municipio de Suacha, actualmente nos encontramos agrupadas en la Escuela Agroecológica *Todas por la Naturaleza*. Somos mujeres con déficit habitacional, procedentes de distintos lugares de Colombia, migrantes de departamentos del Tolima, Boyacá, Mesitas del Colegio y barrios periféricos Suachunos, que hemos llegado en los últimos cuarenta años, al municipio de Suacha, a los barrios Altos de Florida, Divino Niño, Cristalina, Florida Alta entre otros.

Entre el barrio Cristalina y Altos de la Florida, se ha venido consolidando, desde el año 2019, un proceso de juntanza como mujeres en torno a la huerta de la Escuela Agroecológica *Todas por la Naturaleza*. Este proceso nace del sueño colectivo de reivindicar las labores aprendidas desde pequeñas y con el deseo de crear un encuentro sanador desde estas prácticas de convite, es decir, jornadas de trabajo comunitario donde el esfuerzo colectivo fortalece los lazos sociales y el arraigo al territorio.

Actualmente, este espacio físico, que representa un escenario de trabajo y un tejido de cuidado, está en riesgo de desaparecer. La constructora Protecciones pretende edificar en estos lotes, lo que significaría la pérdida de nuestro espacio de huerta y de juntanza como mujeres, dejando sin lugar la siembra colectiva y las prácticas comunitarias que hemos venido desarrollando.

Estos espacios de cuidado colectivo —las jornadas que denominamos *juntanza*— son fundamentales, ya que permiten generar lazos de apoyo en medio de una situación de inestabilidad económica. La mayoría de las mujeres son adultas mayores, mujeres entre 40

y 70 años, cuidadoras, desescolarizadas, madres, estudiantes de universidad pública, trabajadoras y vendedoras ambulantes. Todas nos enfrentamos constantemente al *rebusque* para el sustento diario.

A continuación, se presentan los rostros, trayectorias y saberes de nosotras las mujeres que integramos la Escuela Agroecológica Todas por la Naturaleza. Esta caracterización no es solo una descripción biográfica, es una forma de reconocer las cuerpos-territorio que sostienen el proceso.

Figura 4.

Señora Nubia.



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2024, huerta.

La Señora Nubia con 54 años, es habitante del barrio desde hace más de cuatro décadas, madre de dos hijas y un hijo, abuela de tres nietos y con un grado de escolaridad de quinto de primaria. Vive en el barrio La Cristalina y, como ella misma cuenta, trabaja "en lo que salga". Madre, abuela, esposa y suachuna, Doña Nubia es la protectora de la huerta, la que sostiene con su esfuerzo y cuidadora en tiempos de sequía.

Figura 5.

Señora Luz



Nota: Tomado de Leydi Uyaban.2024,huerta.

“Somos las que somos, y somos lo que comemos”, dice la señora Luz.

La señora Luz, nuestra profesora, es una lideresa social del municipio de Bosa y Suacha, miembro del mercado campesino. Tiene 59 años, es abuela, madre y Técnica en Manejo Ambiental del SENA, institución en la que la conocí. Es una maestra empírica, amante y protectora de la naturaleza.

Además, la señora Luz forma parte de la organización de custodios de semillas nativas y de la corporación SerPaz, además de haber acompañado múltiples procesos ambientales para la instalación de huertas en Bogotá y Suacha. Actualmente, es habitante de Ciudad Verde, donde recientemente logró obtener su casa propia.

Por último, es una de las pioneras de la huerta *Todas por la Naturaleza*, donde se ha convertido en una de nuestras profesoras más queridas. Con dedicación y disciplina, nos acompaña no solo en la formación ambiental, sino también en el impulso para el empleo y el crecimiento personal, siempre desde la conciencia ecológica y comunitaria.

Figura 6.

Señora Constanza



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2024, huerta.

La señora Constanza tiene 59 años y ha sido habitante del municipio de Suacha durante 30 años. Es migrante del departamento del Tolima, específicamente de Ibagué. Madre de dos hijos y abuela de seis nietos, cursó hasta noveno grado de escolaridad. Actualmente, se dedica a la venta de tamales, tinto y aromáticas en su barrio, Cristalina. Además, es sembradora y cuidadora de sus nietos, asumiendo gran parte de las labores de cuidado en su hogar.

Constanza es una de las mujeres que nos ha enseñado el valor del amor constante por los procesos comunitarios. Es un ejemplo de cuidado barrial, una cuidadora innata de sus vecinos y vecinas, en especial de los adultos mayores. También es quien se encarga del bienestar de sus nietos y sus mascotas, reflejando su compromiso con la comunidad y su entorno.

Figura 7.

Señora Rosa



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2024, huerta.

La señora Rosa tiene 55 años y ha sido habitante del municipio de Suacha durante aproximadamente tres años. Es migrante del municipio de Guamo, en el departamento del Tolima. Madre de tres hijos y abuela de cuatro nietos, se define a sí misma como una cuidadora que “hace lo que le pongan a hacer”.

Actualmente, la señora Rosa, trabaja como empleada doméstica y se encarga del cuidado de sus nietos. Además, es una experta en cultivos, una campesina nativa con un conocimiento innato que comparte sin reservas. Le apasiona enseñar a través de la huerta y siente un profundo orgullo por sus saberes ancestrales.

Figura 8.

Señora Adela



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez.2024,huerta.

La señora Adela tiene 69 años y ha sido habitante del municipio de Suacha durante aproximadamente 40 años. Es nativa del municipio de Mesitas del Colegio, Cundinamarca, y cuenta con un nivel de escolaridad de quinto de primaria. Actualmente, vive en el barrio La Cristalina y se dedica a las labores del hogar.

Es madre de ocho hijos, abuela de quince nietos y bisabuela de dos bisnietos. A pesar de los constantes dolores que experimenta debido a las afecciones propias de su edad, la señora Adela nos acompaña siempre desde su presencia y apoyo, demostrando su compromiso y cariño en cada encuentro.

Figura 9.

Yesica



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2024, huerta.

Yesica ha sido habitante de Suacha durante aproximadamente 20 años y es una de las integrantes más jóvenes del grupo, junto con Leydi y conmigo. Es madre de 2 hijas, empleada y recientemente se ha divorciado. Además, es sembradora, tejedora y está profundamente comprometida con la educación de sus hijas.

Fue una de las pioneras tanto de la huerta de la Fundación Proyecto de Vida como de la huerta *Todas por la Naturaleza*. Yesica es una mujer admirable, comprometida con los procesos comunitarios y con la formación de ella y el de sus hijas.

Figura 10.

Leydi



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez.2024, huerta.

Leydi tiene 36 años, es estudiante de la UPN y graduada en la profesionalización de la Licenciatura en Educación Comunitaria. Nativa de la ciudad de Bogotá, específicamente de Ciudad Bolívar, actualmente es habitante del municipio de Suacha. En este territorio se unió a nuestro proceso motivada por el deseo de compartir sus saberes como profesora comprometida con los procesos barriales y con la convicción de fomentar el apoyo mutuo. Además de ser una educadora dedicada, es hermana, hija y cuidadora de su sobrino y su familia. Leydi es una mujer comprometida y constante en las labores comunitarias, siempre dispuesta a aportar y fortalecer el tejido social.

Figura 11.

Tatiana



Nota: Tomado de Leydi Uyaban. 2024, huerta.

Y yo, Tatiana, quien escribe este proyecto, soy estudiante de la UPN y tengo 32 años. Suachuna de nacimiento, viajera, soñadora, tejedora y sembradora; hija de madre y padre campesinos, hermana y tía. Apasionada por las practicas comunitarias y huerteros, sueño con barrios autosostenibles donde el cuidado de la tierra y la comunidad sean el eje de la vida cotidiana.

Leer juntas nuestras historias es reconocernos como parte de un mismo tejido de lucha, sembrado desde los márgenes. Aunque venimos de distintos territorios, nuestras trayectorias se entrelazan en una experiencia común de siembra, sueños compartidos y construcción colectiva. Nos une la tierra que cultivamos, el amor por los alimentos que cuidamos y la fuerza que nace de ser mujeres huerteras. Resistimos desde el surco y el fogón, por un modelo capitalista que devora los territorios y por un sistema patriarcal que sigue ubicando nuestros cuerpos en el último lugar: el del cuidado no remunerado, el trabajo invisible, la resistencia silenciosa.

Habitamos la periferia como espacio físico y simbólico: vivimos en laderas empinadas, sin títulos de propiedad, sin servicios dignos; pero también cargamos con la periferia que se impone a nuestros cuerpos, negándonos el derecho a habitar la ciudad, la educación, el bienestar. Frente a esa negación, nuestra respuesta ha sido colectiva: sembrar en la grieta, resistir desde la cocina, la huerta, el tejido, la palabra.

Cada una de nosotras ha traído un saber que ha sido históricamente despreciado por la mirada hegemónica: saberes de las yerbas, de la luna, del cuerpo, de la crianza, de la siembra. Son saberes que no están en libros, pero viven en nuestras manos, en nuestras cuerpas, en nuestros barrios. Nuestra pedagogía no viene de los manuales, viene del hacer, del sostener, del cuidar, del compartir. Somos maestras populares, aunque nunca nos hayan llamado así y ahora nos queremos revindicar desde allí.

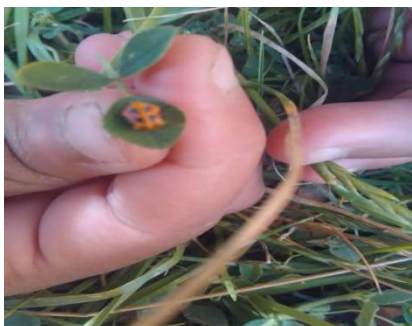
Aquí no solo sembramos alimentos, sembramos vínculos, autonomía, dignidad. En un mundo que nos quiere divididas, cansadas y en competencia, apostamos por el tejido colectivo, por la juntanza afectiva, por la pedagogía del cuidado. Y aunque muchas veces lo hacemos con el cuerpo adolorido, con el alma herida o con el tiempo justo, lo hacemos porque sabemos que nuestro estar juntas es también una forma de desobedecer al patriarcado, de sabotear al capital, de desafiar la lógica de muerte.

Desde nuestras cuerpas-territorio, reafirmamos que otra forma de vida es posible y que ya la estamos construyendo, aquí, en las lomas de Suacha, en una huerta amenazada pero viva, en una casa sin escrituras, pero con memoria, en una Mochila Sembradora que recoge nuestras voces y las convierte en un acto de reafirmación.

Hilos y puntadas de raíces que se entretajan en las historias barriales

Figura 12.

Manos sembradoras



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez.2020, fundación proyecto de vida.

El espacio *Todas por la Naturaleza* surge de un proceso de educación ambiental iniciado en 2016 en la Fundación Proyecto de Vida, junto a Sebastián Guzmán (estudiante de la Universidad Nacional) y Gerardo Carranza (compañero de viaje suramericano).²

Mis raíces campesinas han marcado profundamente mi interés por la siembra y sus ciclos. Desde pequeña, en Paima, Cundinamarca, aprendí de mi familia materna sobre la siembra ligada a la luna y la cosecha en temporadas específicas. Crecí viendo a mi abuelo leer el *Almanaque Bristol* como herramienta de conocimiento campesino y acompañando a mi abuela en las labores del campo, labores de cocina y recetas herbales, entre cultivos, molienda de caña y relatos de mitos y leyendas.

Por parte de mi padre, provengo de una familia de Altos del Cabra, en el Páramo de Sumapaz-Suacha, con saberes en el cultivo de papa, habas, arveja, fresas, cubios y plantas medicinales. Esta conexión con el campo me hizo reflexionar sobre la relación entre ciudad y territorio, recordándome siempre que “debajo del pavimento está la comida”.

A los cinco años, retorné con mi familia a Suacha, al barrio Divino Niño-El Altico, en una zona que en ese momento era considerada invasión, sin escrituras ni servicios

²Gerardo Carranza fue mi pareja en ese entonces. Consideré importante mencionarlo como “compañero de viaje” porque su presencia y también su partida, marcaron un proceso significativo en mi vida personal. Con él aprendí a ser libre, pero también a reconocer y cuestionar las dinámicas del amor romántico y patriarcal. Su ausencia me confrontó con una idea de “soledad” que pronto fue transformada por la fuerza de una comunidad que me acogió, me sostuvo y me recibió con afecto, especialmente las mujeres. Por eso, su mención no busca centrar la historia en una relación amorosa, sino señalar un punto de quiebre y de resistencia que forma parte de mi proceso vital y político.

básicos. Crecer en este contexto fortaleció mi visión comunitaria y la necesidad de recuperar el tejido social y ambiental. En la Fundación Proyecto de Vida encontré un refugio y un espacio de aprendizaje en arte, campismo y comunidad. Allí, en grado once, presté mi servicio social en la huerta comunitaria, guiada por el geógrafo popular Edgar Oviedo y la trabajadora social Violeta Parra.

El conocimiento campesino no es solo un saber práctico, sino una forma de estar en el mundo, de relacionarse con la tierra, con los ciclos naturales, con el tiempo que nos atraviesa. Los saberes de la tierra se tejen en las comunidades rurales y se nutren del cuidado mutuo y del respeto por los ritmos de la naturaleza (Hernández, 2011, p. 125).

Tras un viaje por Suramérica en 2015, comprendí que mi forma de habitar el mundo estaba ligada a la siembra, al cuidado del territorio y a la educación popular. De regreso a Suacha, en 2016, junto a Sebastián y Gerardo, impulsamos el proyecto *Estoy Huerta* para recuperar un espacio de huerta comunitaria en la Fundación Proyecto de Vida. Con el tiempo, Sebastián tomó distancia y, en 2017, Gerardo y yo dimos continuidad al proceso con *Nuestra Huerta, Nuestro Espacio, Nuestra Escuela*, sentando las bases para lo que hoy es *La Escuela de Agroecología Todas por la Naturaleza*.

Con el tiempo, Gerardo también se apartó del proceso, y junto a las mujeres que se apropiaron de la huerta en la Fundación continuamos retejiéndonos. Durante la pandemia, ellas sembraron una nueva huerta en el barrio, fuera de la Fundación, un espacio en el que hoy seguimos resurgiendo.

Planteamiento del Problema

➤ Cuando los hilos necesitan desenredarse. Destejer para retejer:

Punto de partida y problematización

En Suacha, particularmente en la comuna 6, las mujeres habitamos un territorio profundamente atravesado por la desigualdad, la violencia estructural y la desatención estatal. Somos mujeres que hemos llegado en búsqueda de oportunidades, por la pobreza o por el deseo de construir un hogar, su gran mayoría, levantado con nuestras propias manos.

Habitamos barrios autoconstruidos, sin acceso pleno a servicios básicos, donde el rebusque y el trabajo informal son las formas cotidianas de sostener la vida.

En este contexto, enfrentamos múltiples problemáticas que se entrecruzan: la precarización económica, la sobrecarga de cuidados, el racismo estructural, la desescolarización y la exclusión del mundo formal del trabajo. Estas violencias no son abstractas; las vivimos en el día a día, en los cuerpos que madrugan, en los patios donde se cocina, en las niñas que no pueden seguir estudiando, en los abuelos que cuidan sin descanso.

El cuidado, en nuestro cotidiano, no es solo una tarea o una obligación, sino una práctica vital que sostiene la vida y los vínculos, una forma de resistencia silenciosa que se teje desde la cocina, el patio, la palabra compartida, la siembra. Hablo también del co-cuidado, como esa red que se fortalece entre vecinas, tías, abuelas, maestras y niñas, donde se acompaña el dolor y se celebra la vida. Sin embargo, nuestras prácticas de cuidado, siembra y organización barrial siguen siendo invisibilizadas, tanto por las instituciones como por los discursos hegemónicos del desarrollo urbano, que privilegian la infraestructura, el consumo y la productividad, desconociendo las formas comunitarias de habitar y sostener los territorios.

Desde un enfoque de género, es necesario comprender que la marginalización que vivimos no es solo económica o territorial, sino que está profundamente marcada por nuestra condición de mujeres. En nuestras *cuerpas*³ se depositan los efectos de un sistema patriarcal que asigna roles tradicionales, desvaloriza nuestros saberes y nos ubica como responsables únicas del cuidado familiar y comunitario, sin reconocimiento ni apoyo.

En el campo de la agroecología, esta situación no es distinta. Aunque las mujeres hemos sostenido por generaciones los saberes sobre la tierra, las semillas, las plantas

³ El uso de la palabra *cuerpas* responde a una apuesta política, epistemológica y poética impulsada desde los feminismos populares, comunitarios y decoloniales, para despatriarcalizar el lenguaje y reconocer la diversidad de formas de habitar las *cuerpas*. Nombrar *las cuerpas* es también reconocerlas como territorios vivos, sentipensantes y marcados por historias de resistencia y cuidado colectivo. Autoras como **Lorena Cabnal** (feminista comunitaria maya-xinka) y **Yuderkys Espinosa Miñoso** (feminista decolonial afrolatinoamericana) han propuesto este tipo de reconfiguración del lenguaje como parte de una lucha contra el colonialismo, el racismo y el patriarcado encarnados en nuestras *cuerpas*.

medicinales y el cuidado de la vida, nuestras voces han sido sistemáticamente relegadas por discursos tecnocráticos, machistas o extractivistas. Sin embargo, en las laderas de Suacha, en las huertas comunitarias, en los patios de nuestras casas, y terrazas, la agroecología se ha convertido en una herramienta poderosa de re-existencia, de cuidado colectivo y de educación popular.

Un ejemplo de este reconocimiento se encuentra en iniciativas como la del Jardín Botánico de Bogotá, que ha trabajado con mujeres de diferentes localidades promoviendo la agricultura urbana como una herramienta de empoderamiento, autonomía y sostenimiento de la vida. En un reporte conjunto con la Secretaría Distrital de la Mujer, se señala que:

“Desde el Jardín Botánico brindamos, además del contenido en los talleres teórico-práctico, también asistencia técnica con seguimiento a las huertas para que vayan por buen camino y no se caiga el proceso, o seguimiento para fortalecimiento en huertas que ya están avanzadas.” (Secretaría Distrital de la Mujer, 2023)

Estas experiencias respaldan la relevancia de lo que hacemos como mujeres sembradoras y cuidadoras. Validan nuestras prácticas como saberes legítimos, capaces de transformar el territorio y construir alternativas frente a los modelos de desarrollo que nos excluyen.

Nuestra experiencia en la Escuela Agroecológica *Todas por la Naturaleza* es ejemplo de ello. A través del tejido comunitario, el saber herbolario y la siembra colectiva, hemos creado un espacio de juntanza, aprendizaje y sanación. Pero este espacio está hoy amenazado: una constructora pretende edificar sobre los lotes donde cultivamos, poniendo en riesgo no solo nuestra huerta, sino el territorio simbólico, afectivo y pedagógico que hemos construido.

Esta amenaza es solo un síntoma de un problema mayor: la invisibilización de las estrategias de resistencia y re-existencia que hemos tejido como mujeres. Aunque nuestras prácticas son profundamente pedagógicas y transformadoras, siguen sin ser reconocidas

como tal. El lugar de las mujeres en la agroecología es central, pero sigue siendo periférico para los discursos dominantes.

Por eso surgió nuestra necesidad de crear *La Mochila Sembradora*: una herramienta pedagógica que recoja y visibilice nuestras experiencias desde una lógica de juego, de siembra y de cuidado. Esta propuesta no solo busca documentar lo que hacemos, sino transformarlo en una mochila de herramientas que sirva para otras mujeres, para otras comunidades, para otras luchas.

Así, nos preguntamos: **¿De qué manera la creación de una mochila de herramienta pedagógica basada en las prácticas de resistencia de las mujeres de Suacha, a través de La Mochila Sembradora, contribuye a la visibilización de sus estrategias de re-existencia y al fortalecimiento de lo comunitario?**

La Escuela Agroecológica *Todas por la Naturaleza* ha sido el espacio desde donde estas apuestas se tejen de manera colectiva. Allí, la agroecología no se enseña como técnica, sino como forma de vida, como defensa del territorio, como ejercicio de soberanía del cuerpo. Para nosotras, sembrar es resistir, cuidarnos es hacer política y narrarnos, recuperando el poder de decidir sobre lo que somos y sobre lo que cultivamos. En ese sentido, *La Mochila Sembradora* es también una herramienta de soberanía pedagógica: recoge nuestras voces, nuestras prácticas y nuestras formas de habitar el mundo desde la dignidad. Este proyecto, entonces, no solo se ubica en el campo de la educación popular, sino también en el de las luchas por la vida en contextos donde la existencia misma ha sido puesta en riesgo.

En este caminar, lo pedagógico no se reduce a una estrategia, sino que se convierte en una herramienta viva, tejida con las manos, las memorias y los afectos de quienes habitamos este territorio. Desde allí nace *La Mochila Sembradora*, una apuesta por hacer visible y dignificar lo que ya existe: los saberes, las luchas y las formas de cuidado que nosotras, como mujeres de la comuna 6 de Suacha, hemos sostenido a lo largo del tiempo. No se trata solo de nombrarnos, sino de reclamar un lugar legítimo para nuestras voces y conocimientos, desde una perspectiva de justicia epistémica que reconoce y valora nuestras experiencias, memorias y prácticas territoriales. Por eso, esta propuesta busca acompañar y

fortalecer esos procesos desde una mirada comunitaria, popular y feminista. A continuación, se presentan los objetivos que orientan esta investigación-creación.

Objetivo general

Fortalecer la organización comunitaria de las mujeres de la comuna 6 de Suacha mediante la creación de *La Mochila Sembradora*, una caja de herramientas basada en sus prácticas de resistencia, que contribuya a la visibilización de sus estrategias de re-existencia y sirva como recurso pedagógico para la transmisión de sus saberes y experiencias.

Objetivos específicos

1. Recopilar y escribir relatos y experiencias de resistencia de las mujeres de la periferia de Suacha, con especial énfasis en sus prácticas agroecológicas (prácticas agrícolas sostenibles que respetan los ciclos naturales y fomentan la biodiversidad), saberes ancestrales (conocimientos tradicionales transmitidos de generación en generación) y dinámicas de cuidado colectivo (formas de apoyo y cuidado mutuo entre las mujeres y la comunidad).
2. **Analizar** cómo estas prácticas han sido fundamentales para la construcción de estrategias de autogestión, cuidado mutuo y sostenibilidad comunitaria en contextos de precarización.
3. **Diseñar y estructurar** *La Mochila Sembradora* como una mochila de herramientas pedagógicas construida colectivamente en sus contenidos, y elaborada manualmente por integrantes de la escuela, con el fin de transmitir, a través de ella, las experiencias de resistencia y re-existencia⁴.

⁴ “Se habla de las prácticas de resistencia como una afirmación de una manera de existir, de afirmarse a uno mismo, donde se está situado, actuando su manera de ser o sentir [...] no nos configure como un mástil, sino que nos convierta en ese viento que mueve las velas.” (Cinde, s.f., *Re-existencia*,

4. **Reflexionar** sobre la importancia de la educación popular y la memoria colectiva como mecanismos de fortalecimiento organizativo y lucha contra la invisibilización de las mujeres en contextos de marginalidad.
5. **Promover el uso** de *La Mochila Sembradora* como una herramienta pedagógica en espacios comunitarios y educativos, que facilite el diálogo y la construcción de redes de apoyo entre mujeres en contextos de marginalidad.

Capítulo II

Diseño Metodológico

Figura 13.

<https://repository.cinde.org.co/handle/20.500.11907/2534?show=full>).

Invitación a huertiar.



Nota: Tatiana Gonzalez, 2024.

Enfoque metodológico

La investigación se desarrolló desde un paradigma crítico-social con enfoque cualitativo, permitiendo la construcción colectiva del conocimiento a partir de la experiencia y los saberes de nosotras como mujeres que integran la huerta comunitaria en Suacha. Se busca comprender las narrativas, prácticas y significados que emergen en torno a la agroecología, el tejido y la pedagogía comunitaria, visibilizando nuestros aportes como estrategias de resistencia y re-existencia. Como menciona bell hooks:

"Hablar se convierte a la vez en una forma de participar en una autotransformación activa y en un rito de paso en el que uno pasa de ser objeto a ser sujeto. Sólo como sujetos podemos hablar. Como objetos, permanecemos sin voz: nuestro ser es definido e interpretado por otros." (bell hooks, 1994)

Figura 14.

Masajeando



Nota: Tomada de Leydi Uyaban .2024,huerta.

Es fundamental reconocer que el conocimiento producido por nosotras, mujeres marginadas, ha sido históricamente desvalorizado tanto por algunos sectores académicos-académicas tradicionales como por las estructuras dominantes de investigación. En este sentido, esta propuesta pedagógica busca legitimar y dar valor a nuestras experiencias y saberes, reconociéndonos como sujetas activas en el proceso de construcción del conocimiento. Melina Schweizer, en *Desafiando el machismo académico: una mirada feminista necesaria*, publicado en la revista *Alas Tensas*, señala:

"Se trata de una constante desvalorización de las mujeres y de un rechazo al reconocimiento de sus capacidades intelectuales."

Desde este marco, el paradigma crítico-social permite cuestionar no solo las estructuras de poder que invisibilizan a las mujeres, sino también las metodologías de investigación que se alejan de nuestras realidades y luchas cotidianas. Como explica Jürgen Habermas en *Conocimiento e interés* (1972):

“El interés por la emancipación guía la producción de un conocimiento que permita a los seres humanos liberarse de formas de dominación y de opresión sistemática” (p. 314). Esta mirada crítica se convierte en acción cuando el conocimiento se produce desde la experiencia vivida, desde los vínculos y la escucha mutua. En nuestro caso, significa caminar juntas, cuestionar lo establecido y recuperar la palabra desde nuestras cuerpos-territorio, nuestras memorias y nuestras formas de habitar el mundo.

Como mujeres, seguimos enfrentando la necesidad de encontrar formas de exigir reconocimiento y visibilizar nuestras luchas y resistencias. Desde nuestras apuestas académicas y pedagógicas, buscamos construir y legitimar una historia y una academia arraigadas en lo popular, lo barrial y lo comunitario. Este enfoque, entonces, no solo implica una mirada crítica sobre el conocimiento y el poder, sino también un compromiso con la transformación social desde nuestras prácticas y vivencias.

Método de investigación: Investigación-Acción

Figura 15

Invitación semana de talleres vacacionales



Nota: Tatiana Gonzalez . 2024.

Siguiendo la metodología de Investigación-Acción (IA), se implementa un enfoque basado en la participación activa de nosotras en todas las fases del proceso investigativo. Como bien lo mencionan Kemmis y McTaggart (1988):

La investigación acción nos orienta hacia un cambio educativo caracterizado, entre otras cosas, por ser un proceso que se construye desde y para la práctica. Pretende mejorar la práctica a través de su transformación, al mismo tiempo que procura comprenderla. Demanda la participación de los seres en la mejora de sus propias prácticas, exige una actuación grupal en la que los sujetos implicados colaboran coordinadamente en todas las fases del proceso de investigación, implica la realización de análisis crítico de las situaciones y se configura como una espiral de ciclos de planificación, acción, observación y reflexión. (Kemmis y McTaggart citados por Bausela, 2004, p. 2)

Dado que el proyecto tiene un carácter pedagógico y comunitario, la investigación-acción (IA) permitirá que nosotras, como participantes, seamos sujetas activas en la construcción de la Mochila de Herramientas Pedagógicas: La Mochila Sembradora. Como mencionan Fals Borda y Gadotti (1987), la investigación debe entenderse desde una perspectiva comunitaria y popular que contribuya a la elaboración de herramientas pedagógicas.

En este caso, la mochila fue construida colectivamente en sus contenidos y diseño, aunque la elaboración manual de algunos de sus elementos estuvo a cargo de integrantes específicas de la escuela. Esta herramienta nos ha permitido visibilizar problemáticas propias de nosotras como participantes, a la vez que proporciona instrumentos para la autonomía y la transmisión de saberes sobre la siembra y la comunidad, pues, como afirman los autores, “una de las características propias de este método, que lo diferencia de todos los demás, es la forma colectiva en que se produce el conocimiento y la colectivización de ese conocimiento” (Fals Borda y Gadotti, 1987, p. 18).

Figura 17

Invitación a taller de Stop motion



Nota: Tatiana Gonzalez, 2025.

Así, damos cuenta de que esta mochila de herramientas es una apuesta colectiva desde sus inicios creativos, concebida a partir de la metáfora del tejido popular: hilos entrelazados que reflejan cómo cada puntada de cada una de nosotras fue fundamental en su creación. Asimismo, desde un enfoque de género, evidenciamos que, a través de la agroecología feminista, apostamos por la transformación mediante pedagogías inclusivas, basadas en la defensa de la naturaleza y el cuidado mutuo.

En suma, este diseño metodológico busca fomentar una construcción del conocimiento participativa, reconociéndonos como mujeres suachunas, protagonistas de nuestra propia historia, y reivindicando nuestras estrategias de resistencia —entendidas como las acciones de lucha frente a las opresiones y desigualdades— y de re-existencia —una afirmación activa y creativa de la vida, el cuidado y la reconstrucción de nuestros territorios y cuerpos desde nuestras propias cosmovisiones— en el territorio.

Figura 17

La medicina del tabaco que nace sin preguntar.



Nota: Tomada de Tatiana Gonzalez.2020,huerta.

En el camino entretejido, se toma como referente la propuesta metodológica de Kemmis y McTaggart (1988), quienes plantean cuatro fases fundamentales dentro de la Investigación-Acción: planificación, acción, observación y reflexión.

La aplicación de estas fases no solo facilitó el cumplimiento de los objetivos de nuestra propuesta, sino que también evidenció la importancia de las herramientas pedagógicas contenidas en la Mochila de Herramientas. Estas resultaron fundamentales para articular los diferentes momentos del proceso, visibilizando las subjetividades de cada una de nosotras como mujeres creadoras de pedagogías. Así, no solo aportamos a la construcción colectiva del conocimiento, sino también al ámbito académico.

Figura 18.

Invitación al autocuidado



Nota: Tatiana Gonzalez, 2024.

Esta metodología se fundamenta en los principios de la pedagogía crítica, como lo señala Freire:

"Sin un pensamiento crítico, el diálogo es imposible. Si el diálogo es el encuentro amoroso de los seres* que, mediatizados por el mundo, lo 'pronuncian', el pensamiento crítico es también diálogo, y así no puede reducirse a la transferencia de conocimientos." (Pedagogía del oprimido, Freire, 1970, p. 92).

Desde esta perspectiva, el proceso permitió la construcción de diálogos que trascienden hacia la acción, materializándose en la creación de la Mochila de Herramientas Pedagógicas: La Mochila Sembradora. Para su desarrollo, el trabajo se organizó en cuatro fases:

- Fase 1, Diagnóstico: “Donde germina la palabra”;
- Fase 2, Acción: “Cuando la semilla encuentra tierra”;
- Fase 3, Observación: “Andar mirando lo que sembramos”;
- Fase 4, Reflexión: “Cuando la palabra vuelve con fruto”.

A continuación, se presentan las herramientas utilizadas en cada fase, detallando su papel en la construcción colectiva del conocimiento y su impacto en la visibilización de las estrategias de resistencia y re-existencia de las mujeres de Suacha.

En este contexto, entendemos la re-existencia como una forma de resistencia que no se limita al rechazo o a la oposición, sino que propone y construye nuevas formas de vida, saber y habitar el territorio desde la dignidad. Como lo plantea María del Pilar Giraldo Villegas (2017): “Se habla de las prácticas de resistencia como una afirmación de una manera de existir, de afirmarse a uno mismo, donde se está situado, actuando su manera de ser o sentir [...] no nos configure como un mástil, sino que nos convierta en ese viento que mueve las velas.”

Desde esta mirada, las mujeres de Suacha han venido re-existiendo a través del tejido, la agroecología y el cuidado colectivo, en prácticas cotidianas que reafirman su presencia, saberes y memoria en el territorio.

Figura 19

Los recuerdos



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez, 2020. Fundación proyecto de vida.

1. Fase de Reconocimiento: “Donde germina la palabra”

Durante la fase de planificación, la espiral fue más que una metáfora: se convirtió en una guía metodológica para organizar nuestro proceso. En lugar de seguir un esquema lineal, apostamos por una planificación flexible, cíclica y en constante transformación.

Figura 20.

Una historia escrita y contada



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez, 2020. Huerta, Escuela Todas por la Naturaleza.

Esta primera etapa fue un momento de reconocimiento colectivo, de mirar hacia atrás y hacia dentro para encontrarnos con nuestras propias trayectorias como mujeres barriales de las periferias de Suacha. Desde el año 2019 veníamos tejiendo juntanzas, y en esta fase comenzamos a nombrarlas, contarlas y comprenderlas. Comprendimos que el tiempo no es lineal, sino cíclico: un flujo continuo de nacimiento, crecimiento, muerte y renacimiento, presente tanto en la naturaleza como en nuestros procesos espirituales y comunitarios.

Figura 21

Comer es más rico compartido



Nota: Tomado de Leydi Uyaban, 2024. huerta.

Durante esta fase identificamos que muchas de nuestras experiencias habían quedado dispersas u olvidadas, por lo que reconocimos la necesidad de recopilar, visibilizar y dignificar nuestras memorias, saberes y prácticas cotidianas. Al no sentir fluidez en el ejercicio inicial de sistematización, migramos a una propuesta más viva: crear una Mochila de Herramientas como símbolo de nuestros quehaceres. Así, esta Mochila se volvió un contenedor de memoria, de afectos y de herramientas para sembrar futuro.

Creamos espacios de conversación e introspección que nos ayudaron a identificar nuestras historias, preocupaciones y conocimientos. A través de entrevistas en profundidad, recogimos testimonios sobre nuestras vidas como mujeres comunitarias, madres, huerteras

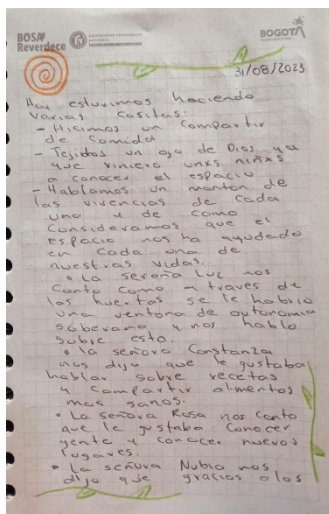
y cuidadoras populares. Estos encuentros se realizaron en confianza, de manera individual o en pares, cultivando una escucha amorosa.

Los círculos de palabra, realizados especialmente en la casa de doña Nubia, se convirtieron en rituales de juntanza donde la cocina y la huerta son también espacios pedagógicos. Allí compartimos estrategias de resistencia, cuentos, recetas, alegrías y tristezas.

Desde 2017 llevo una bitácora personal que luego se convirtió en el diario de campo del proceso. En ella registré vivencias, reflexiones y emociones que, al ser compartidas, adquirieron sentido metodológico. Estos escritos ayudaron a reconocernos como sujetas de conocimiento y no como meras beneficiarias de un proyecto.

Figura 22

Diario de una mujer



Nota: Tatiana Gonzalez, 2023.

La observación participativa fue igualmente clave: compartimos lo cotidiano como vecinas, amigas y aliadas, y desde ahí fuimos sembrando aprendizajes. No se trató solo de

observar, sino de estar presentes: sembrar juntas, cuidarnos, escucharnos y crear desde nuestras vidas.

Figura 23.

Enverdeciendo nuestros caminos



Nota: Tomado de Leydi Uyaban, 2024.

También recuperamos memorias orales: historias de lucha, recetas tradicionales, usos de plantas medicinales y prácticas de autocuidado que emergían naturalmente durante los encuentros o al calor de una aromática. Esas narraciones espontáneas fueron verdaderas semillas de memoria colectiva.

Finalmente, integramos la fotografía y el audiovisual como lenguajes de documentación afectiva. Cada imagen, cada video en stop motion, nos permitió reconocernos, mirarnos con ternura, y construir memoria desde nuestras propias miradas.

Figura 24

Sanando con caléndula



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2024, huerta.

Fase 2 Acción: “Cuando la semilla encuentra tierra”.

Ya con las reflexiones de la fase anterior, dimos paso a la acción colectiva. Implementamos estrategias nacidas de nuestras conversaciones y análisis previos, que se materializaron en talleres, encuentros, ollas comunitarias, círculos de palabra y jornadas de trabajo compartido. Estas actividades nos permitieron aprender juntas, fortalecer la autonomía y compartir saberes desde una pedagogía situada y afectiva.

Figura 25

Menjurjes con manos del sur



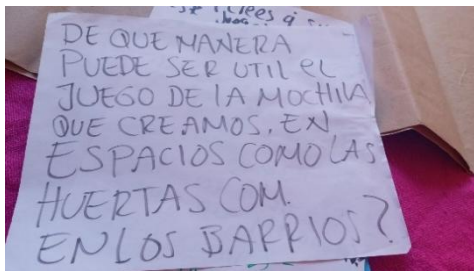
Nota: Tomado de Leydi Uyaban. 2024, Fundación proyecto de vida.

En los talleres de co-creación diseñamos, a través del diálogo, los componentes de nuestra Caja de Herramientas Pedagógicas *La Mochila Sembradora*. Fueron espacios para imaginar, pensar en conjunto, proponer materiales y formas de juego. Allí discutimos si la sistematización seguía siendo el enfoque adecuado o si necesitábamos otro camino más flexible, acorde a nuestra forma de habitar y aprender.

El ejercicio del árbol de problemas nos permitió visualizar las causas profundas de nuestras dificultades: desde el desinterés por la escritura hasta las múltiples tareas de cuidado que asumimos a diario. Al invertir el árbol, construimos también el árbol de soluciones, donde emergieron propuestas desde nuestras propias fortalezas. Reconocimos que, aunque muchas veces nos cuesta sentarnos a escribir, somos profundamente creativas, visuales y expresivas. Esto nos dio impulso para seguir apostándole a una caja lúdica, manual y viva.

Figura 26

Talleres donde me apropio



Nota: Tomado de Leydi Uyaban. 2024, huerta.

Además, construimos una línea de tiempo colaborativa para planificar las actividades. Teniendo en cuenta nuestros contextos, trabajos informales, estudios, responsabilidades familiares y dificultades barriales, organizamos nuestro calendario de

forma flexible, adaptándonos a las realidades del día a día. Diseñamos un flyer para avisar con una semana de anticipación y eso nos ayudó a mantener el ritmo.

La cartografía de saberes también fue clave: reconocimos en cada una nuestras habilidades, conocimientos y roles dentro del proceso. Desde el tejido, la siembra, la cocina, el cuidado o la comunicación, todas aportamos a darle forma a *La Mochila Tejedora*. Así reafirmamos que cada mujer, desde su historia y experiencia, es un pilar esencial de la comunidad.

Figura 27.

Reflorecer con mi amiga Rosa



Nota: Tomado de Leydi Uyaban.. 2024, huerta.

Fase 3. Observación: “Andar mirando lo que sembramos”

Una vez puestas en marcha las estrategias construidas colectivamente, comenzamos a observar con atención los efectos que iban teniendo en nuestra vida cotidiana, en la organización barrial y en nosotras mismas como mujeres cuidadoras y sembradoras. Esta

etapa fue esencial para reconocer los aprendizajes, los desafíos y las transformaciones que se fueron tejiendo en el proceso.

Figura 28

Pintando nuestro barrio de arboles



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2024, Fundacion proyecto de vida.

A través de las ollas comunitarias y los círculos de palabra, generamos espacios para compartir experiencias, escuchar nuestras voces y fortalecer el tejido del grupo. Cocinar juntas no fue solo una tarea práctica, sino una forma de acompañarnos, de generar confianza y de reafirmar nuestra apuesta por el cuidado mutuo. En esos encuentros hablamos de nuestras vidas, nuestras luchas y nuestros sueños, reconociendo que la huerta no era solo un lugar de siembra, sino también de sanación y afecto.

Figura 29

Una señora muy comprometida



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2024, huerta.

Las jornadas de siembra y cosecha nos permitieron aplicar lo aprendido de forma tangible. Cada semilla sembrada fue un gesto de resistencia, un compromiso con la vida y la tierra. Estas acciones no solo fortalecieron la huerta, sino también nuestra identidad colectiva como mujeres que cultivan, cuidan y transforman. En paralelo, tejimos piezas que representaban nuestras historias y emociones, reconociendo el tejido como un lenguaje simbólico y ancestral.■

Figura 30

Grabando historias



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2025, huerta.

También realizamos dramatizaciones y narrativas orales, espacios en los que nuestras conversaciones espontáneas, cuentos, recetas y memorias se convirtieron en relatos vivos. Algunas de estas voces las llevamos al formato de *stop motion*, explorando lenguajes audiovisuales que nos permitieran contar nuestras historias desde nuestra mirada. Esta forma de narrar fue una herramienta poderosa para visibilizar lo que somos y cómo habitamos nuestro territorio.

Figura 31.

Fogón de resistencias



Nota: Tomado de Leydi Uyaban. 2024, huerta.

Finalmente, comenzamos a utilizar La Mochila Sembradora como recurso pedagógico. Cada uno de sus elementos —las muñecas, que representan nuestras identidades y relatos; la caja herbolaria, que contiene plantas medicinales y saberes ancestrales; las cartas, que facilitan el diálogo y la reflexión colectiva; y la cartilla, que guía el proceso educativo— fue explorado con cuidado y creatividad.

A través del juego, fuimos descubriendo nuevas formas de compartir saberes, especialmente con niñas, jóvenes y personas mayores. La observación de estas experiencias nos mostró que lo que habíamos creado no era solo una caja de herramientas, sino un reflejo profundo de nuestras apuestas pedagógicas, memorias y formas de hacer comunidad.

Fase 4, Reflexión: “Cuando la palabra vuelve con fruto”

Figura 32

Rosa recordando a su niña interior



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2025, huerta.

Con el cierre del ciclo de acciones y observaciones, llegó el momento de hacer una pausa para mirar hacia atrás, hacia adentro y también hacia adelante. La fase de reflexión fue fundamental para identificar los logros alcanzados, reconocer las transformaciones personales y colectivas que experimentamos, y comprender los aprendizajes que

emergieron de este proceso compartido. Lejos de ser una etapa final, esta reflexión se convirtió en un nuevo punto de partida.

Figura 33

Compartir



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2025, huerta.

Nos reunimos en dos círculos de palabra y diálogo comunitario, espacios íntimos y horizontales donde cada una compartió cómo había vivido el proceso. Hablamos de nuestras emociones, de los retos superados y de los cambios que notamos en nuestras vidas cotidianas. También expresamos nuestras dudas, cansancios y deseos. En esos encuentros, confirmamos que *La Mochila Tejedora* había cumplido su propósito: nos había permitido reconocernos, escucharnos y trenzar nuestras historias en un solo tejido común.

Además, realizamos un ejercicio de mapeo de aprendizajes y transformaciones, donde, de forma visual y colectiva, identificamos los cambios que habían ocurrido tanto a nivel personal como comunitario. A través de preguntas orientadoras, fuimos trazando un mapa lleno de emociones, acciones, logros y caminos por recorrer. Reconocimos cuánto habíamos crecido como colectivo, cómo nos fortalecimos en la autonomía, en el cuidado y en la afirmación de nuestras voces.

Figura 34

Capítulo III

La Mochila Sembradora: Saberes de Mujeres que Desobedecen Sembrando

Figura 36

Las vecis tejidas bien bonito



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2025, huerta.

Decidí dedicar un capítulo completo a *La Mochila Sembradora* por la relevancia simbólica, afectiva y pedagógica que esta herramienta tiene dentro de nuestro proceso pedagógico y comunitario. Esta mochila no es solo un objeto; es un cuerpo tejido, un espacio móvil que guarda saberes, memorias, juegos y resistencias. En ella se materializa nuestra forma de enseñar, de sanar, de narrarnos y de re-existir desde lo popular, lo barrial, lo cotidiano.

Desde lo simbólico, *La Mochila Sembradora* representa un cuerpo que se carga y se cuida. Como en las mochilas tradicionales tejidas por los pueblos indígenas, en su interior llevamos vida, historias y memoria. Pero también llevamos herramientas para sanar, para jugar y para enseñar. Cada elemento ha sido pensado como un componente que **nos ayuda**

a sembrar conocimiento y cuidado colectivo, desde lo que somos como mujeres, huerteras, cuidadoras, pedagogas populares.

Desde lo pedagógico, esta mochila es una apuesta de educación comunitaria con enfoque feminista y territorial. Es una forma de enseñar desde la experiencia, desde lo manual, lo ancestral y lo cotidiano. En palabras de bell hooks: *“La enseñanza como acto liberador requiere que quienes enseñamos, nos impliquemos emocional y espiritualmente. La educación como práctica de la libertad no puede ser un simple ejercicio intelectual.”* (hooks, 2021, *Enseñar a transgredir*)

La Mochila Sembradora es entonces una pedagogía encarnada que rompe con el aula tradicional. Se enseña desde el cuerpo, el juego, el afecto, la tierra. En este capítulo describiré cada uno de sus elementos, explicando su función pedagógica, simbólica y comunitaria.

Figura 37

Herbolario en creación



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2024, huerta.

La caja herbolaria: saberes que sanan

Este componente recoge los saberes yerberos del barrio: recetas que han pasado de boca en boca entre nosotras, madres, abuelas, vecinas. Es una pequeña caja de madera que contiene tarros con diferentes plantas medicinales, cada uno con su nombre escrito. Más que una colección botánica, es un archivo vivo de conocimientos ancestrales, una apuesta por defender la soberanía del cuerpo y la salud desde prácticas propias.

Junto a los tarros, la caja contiene un fanzine donde se comparten algunas de estas recetas, que han sido compartidas en el espacio, permitiendo que otras personas las consulten, las compartan o las enriquezcan. Esta cartilla invita también a escribir nuevas recetas, creando un espacio de diálogo intergeneracional y colectivo.

“La medicina tradicional no solo cura el cuerpo, sino que sana la memoria y reencuentra con la tierra.” (Asamblea de Mujeres Populares y Diversas del Ecuador, 2017)

Las muñecas tejidas: cuerpo-territorio en resistencia

Figura 38

Alistándose para grabar



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2025, Chia.

Dentro de la mochila están las siete muñecas tejidas en crochet, cada una representa a una de nosotras. Nuestras cuerpas reales: con curvas, arrugas, gafas, diversidad de tonos y texturas. No son muñecas de vitrina, son cuerpos que caminan el barrio, que cultivan, que crían, que luchan.

Estas muñecas son más que herramientas lúdicas: son representaciones simbólicas de nuestras cuerpas y memorias. Tejerlas fue también un acto de pedagogía, de conversación silenciosa entre manos, de sanación colectiva. Como lo afirma Motta (2020), *“tejer es una forma de pensar con las manos. Cada hilo entrelazado en colectivo guarda una historia, una herida, un saber compartido”* (p. 93). En ese entrelazar de hilos, de historias y de resistencias, fuimos construyendo también una pedagogía propia: hecha con lana, con piel, con palabra y con ternura.

Permiten trabajar con niñas, jóvenes y adultas temas como la autoimagen, los estereotipos, el cuerpo como territorio de lucha. Invitan al juego, sí, pero también a la conversación, a la reflexión y al reconocimiento de nuestras cuerpas como legítimas y valiosas. *“Nombrar y visibilizar nuestros cuerpos es un acto de recuperación de poder frente a una cultura que los ha negado.”* (hooks, 1994)

Figura 39.

Cartas retos mágicas



Nota: Tomado de Leydi Uyaban. 2024, huerta.

Las cartas de juego: preguntas que siembran pensamiento

Las cartas son otro de los componentes lúdicos de la mochila. Están diseñadas como parte de uno de los juegos que aparece en la cartilla pedagógica. En ellas hay preguntas, retos, invitaciones a recordar recetas, a contar historias o a reflexionar sobre temas como el cuidado, la siembra, el cuerpo o la comunidad. Estas cartas acompañan tanto a las muñecas como al herbolario, generando dinámicas participativas. El juego, en este sentido, se convierte en estrategia pedagógica. Como señala Paulo Freire: *“La educación verdadera es praxis, reflexión y acción de seres humanos sobre el mundo para transformarlo.”* (Freire, 1970) Las cartas ayudan a facilitar esa praxis: ponen en movimiento la palabra, el recuerdo, el diálogo y el cuerpo.

La cartilla pedagógica: sembrar aprendizajes, cosechar juegos

Esta cartilla contiene propuestas de juego con las muñecas, sugerencias de uso para el herbolario y un espacio abierto para escribir nuevas formas de utilizar la mochila. Es una cartilla flexible, pensada como una herramienta viva. Puede usarse en procesos educativos populares, en talleres comunitarios, con niñas, mujeres mayores o maestras de escuela.

Además de las instrucciones, propone momentos de reflexión, invita a crear colectivamente y deja espacio para que cada territorio la transforme según sus propias realidades.

La Mochila Sembradora puede ser utilizada como herramienta pedagógica en espacios educativos no formales, en procesos comunitarios, en escuelas rurales o urbanas, en grupos de mujeres, huertas barriales o encuentros de formación popular. Su valor reside en que integra múltiples enfoques que dialogan entre sí y fortalecen los procesos de aprendizaje colectivo desde el territorio:

- **Desde la agroecología:** enseña prácticas de cuidado de la tierra y la salud desde los saberes ancestrales.
- **Desde la educación popular:** promueve una pedagogía horizontal, participativa y contextualizada.

- **Desde el enfoque de género:** visibiliza los cuerpos, las experiencias y los conocimientos de las mujeres.
- **Desde el juego:** permite aprender jugando, desde lo sensible, lo corporal y lo creativo.

Más que una herramienta, es una pedagogía tejida desde abajo, con las manos, la palabra y el territorio.

Cuadro resumen:

Actividad / Herramienta	Objetivo pedagógico	Enfoque didáctico	Recursos	Evaluación / Cierre
Cartas de juego (retos y preguntas. Ver anexo 1	Facilitar el diálogo, la reflexión y el pensamiento crítico desde el juego	Juego como estrategia de aprendizaje; aprendizaje dialógico	Baraja de cartas ilustradas con preguntas, mesa circular, sillas	Conversatorio abierto; dibujo libre o reflexión escrita individual
Taller de herbolaria (caja herbolaria) Ver anexo 2	Revitalizar saberes ancestrales sobre plantas medicinales y autocuidado	Saber ancestral, aprendizaje significativo, experimentación	Plantas, frascos, etiquetas, fanzine herbolario, cocina, infusiones	Creación colectiva de una receta comunitaria; mural de aprendizajes
Muñecas tejidas (cuerpo-territorio) Ver anexo 3	Trabajar la autoimagen y la soberanía del cuerpo desde la representación simbólica	Juego simbólico, arte terapia, enfoque de género	Muñecas tejidas, espejo, materiales de decoración, papel y colores	Conversa-reflexión: ¿cómo me veo?, ¿cómo me siento?; exposición libre de las muñecas

<p>Cartilla herramienta guía pedagógica</p> <p>Ver anexo 4</p>	<p>Ofrecer una herramienta escrita y creativa que oriente el uso de los elementos pedagógicos de la mochila</p>	<p>Educación popular; guía flexible y contextual; escritura colaborativa</p>	<p>Cartilla impresa (con juegos, orientaciones, dibujos), papel, impresora, marcadores</p>	<p>Conversatorio: ¿qué otras formas de uso imaginamos? Bitácora de experiencias compartidas</p>
<p>Fanzine herbolarico</p> <p>Ver anexo 4</p>	<p>Sistematizar y compartir saberes medicinales y recetas tradicionales desde la experiencia comunitaria</p>	<p>Pedagogía ancestral y popular; escritura colectiva; memoria situada</p>	<p>Hojas, lápices, dibujos, fotocopias</p>	<p>Cada participante escribe o ilustra su propio remedio; cierre con lectura colectiva</p>
<p>Mochila Tejedora (como contenedor y símbolo)</p> <p>Ver anexo 5</p>	<p>Reunir, portar y compartir las herramientas pedagógicas creadas; simbolizar la juntanza y la resistencia</p>	<p>Pedagogía simbólica; representación afectiva del proceso; aprendizaje multisensorial</p>	<p>Mochila tejida o intervenida colectivamente, hilos, parches, dibujos, objetos significativos</p>	<p>Ronda de palabra: ¿qué llevamos en esta mochila? ¿qué nos recuerda? Cierre ritual con entrega.</p>

Capítulo IV

Marco teórico:

Figura 40

Las amigas



Nota: Tomado de Leydi Uyaban. 2024, huerta.

Soberanía Alimentaria

La caja de herramientas, representada en este caso por *La Mochila Sembradora*, nos ha permitido acompañarnos como huerteras, fortaleciendo nuestros espacios de aprendizaje. Para sostener y guiar nuestro proceso educativo ha sido fundamental la incorporación de conceptos clave, entre ellos la soberanía alimentaria, entendida como una forma de autonomía tanto corporal como alimentaria, cimentada en principios de autogestión, justicia social y cuidado de la vida.

La soberanía alimentaria se define como el derecho de los pueblos a decidir sobre sus propias políticas y estrategias sustentables de producción, distribución y consumo de

alimentos. Esta apuesta implica garantizar el derecho a la alimentación para toda la población, basándose en la pequeña producción, los saberes locales y la defensa del territorio. Según La Vía Campesina (2007), “la soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos a alimentos saludables y culturalmente apropiados, producidos mediante métodos ecológicos y sostenibles, y su derecho a definir sus propios sistemas alimentarios y agrícolas”. En este contexto, las mujeres cumplimos un papel esencial como guardianas de las semillas, cuidadoras del territorio y transmisoras de saberes ancestrales, muchas veces invisibilizados por los modelos agroindustriales dominantes.

Como señala Vía Campesina (2003): “Las mujeres son la columna vertebral de la soberanía alimentaria. Su rol en la producción, la recolección, la cocina y el cuidado de las semillas es central para la vida de los pueblos.”. Desde esta mirada, recuperar nuestros saberes, organizarnos como huerteras y construir herramientas como *La Mochila Sembradora* es también una forma de ejercer soberanía: sobre nuestras cuerpos, nuestros alimentos y nuestras formas de habitar el territorio. Como afirma Maluf (2008), “la soberanía alimentaria es la vía para erradicar el hambre y la desnutrición y garantizar la seguridad alimentaria duradera y sustentable para todos los pueblos” (p. 27).

Desde la autogestión y la ayuda mutua entre colectivas y organizaciones, en nuestro caso desde *La Escuela Agroecología Todas por la Naturaleza*, nos acercamos a la soberanía alimentaria como una propuesta de transformación social. Buscamos generar un impacto en nuestra escuela de agroecología y también en nuestra comunidad y barrio. Esto surge en respuesta a un sistema capitalista y patriarcal que no garantiza el acceso a una alimentación digna y sostenible. Así lo señala Vandana Shiva: “Cuando la ayuda alimentaria es utilizada para el lanzamiento de productos de biotecnología en el mercado, surgen varios problemas. En primer lugar, el hambre y la falta de alimentos aumentan a medida que la seguridad alimentaria y ecológica desaparece.” (Shiva, 2003, p. 102)

Figura 41

Invitación a sembrar



Nota: Tatiana Gonzalez. 2025.

Siguiendo este pensamiento, proclamamos la arenga que se escucha en la UPN: *"Y por la papa y por la tierra, mi abuelita me dijo que combatiera."* Desde nuestra escuela, apostamos por reivindicar la autonomía que nos enseña la tierra: la capacidad de crecer en cualquier espacio, de resistir y florecer. Nos asumimos como guardianas de la tierra y, a la vez, del cuidado de nuestras cuerpos, idea que se plasma en *La Mochila Sembradora*.

Aquí es donde el ecofeminismo nos ofrece claves fundamentales para comprender estas apuestas. El ecofeminismo es una corriente teórica y práctica que vincula la defensa del medio ambiente con la lucha por la igualdad de género. Reconoce que la opresión de las mujeres y la explotación de la naturaleza tienen un origen común en los sistemas patriarcales y capitalistas. En este marco, las mujeres no solo somos víctimas de la explotación ambiental, sino que también desempeñamos un papel crucial en la resistencia, al estar en primera línea en la lucha por la preservación del territorio y los recursos naturales. Como señala la filósofa ecofeminista Alicia Puleo (2011), el ecofeminismo promueve una visión crítica del patriarcado y el capitalismo, donde el cuidado de la naturaleza y de los cuerpos humanos se entrelazan.

Desde esta perspectiva, la soberanía alimentaria no puede pensarse sin soberanía de la cuerpo, pues ambas se construyen desde el derecho a decidir: qué cultivamos, qué comemos, cómo nos curamos, qué cuerpos habitamos. Como señala el Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed, 2021), "La soberanía alimentaria y la agroecología han mostrado ser excelentes compañeras de viaje del ecofeminismo en la construcción de este nuevo modelo

que no solo atiende al equilibrio medioambiental, sino que empodera a las mujeres en su cotidianeidad.”

Esta relación se vuelve especialmente urgente en contextos como el de Suacha, donde las mujeres sostenemos prácticas agroecológicas mientras enfrentamos despojo territorial, violencia estructural y cargas de cuidado históricamente invisibilizadas. La Escuela Agroecológica se convierte así en un espacio de lucha: por la tierra, por nuestras cuerpos, por la vida. Como bien afirman desde la Asamblea Popular de Mujeres: “No puede hablarse de soberanía alimentaria sin incorporar la soberanía del cuerpo, eje central por el cual transcurren todas las actividades transformadoras del ser humano.”

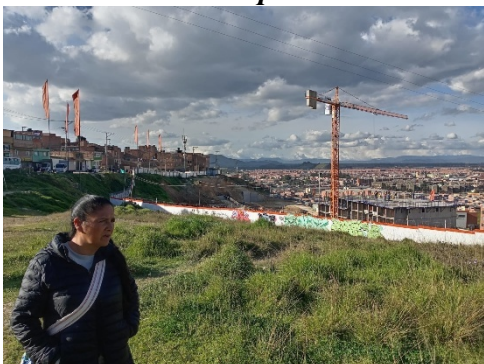
(Asamblea Popular de Mujeres, p. 52)

Desde esta mirada, cada uno de nuestros encuentros refleja el trabajo en la construcción de redes y tejidos colectivos. En las lomas de Suacha, en medio de la precariedad, buscamos retejer nuestro territorio a través de la siembra, convirtiéndola en un acto de resistencia y reivindicación. Frente al abandono del Estado, nos reinventamos, encontramos nuevas formas de reverdecer y nos aferramos a la vida con cada semilla que depositamos en la tierra. Sembramos para alimentar, para sanar, para compartir y para transformar.

Figura 42

En contra de una maquinaria de muerte

Soberanía del Cuerpo



Nota: Tomado de Leydi Uyaban. 2024, huerta.

La soberanía del cuerpo es una apuesta política, pedagógica y vital que parte del reconocimiento de nuestras cuerpas como territorio primero de resistencia. Es la capacidad de decidir sobre nosotras mismas, de habitar nuestras cuerpas con dignidad, de nombrar lo que nos duele y de sanar desde nuestras propias prácticas. En un contexto como el de Suacha, donde la violencia estructural, la precariedad y el abandono estatal se ensañan particularmente con las mujeres, hablar de soberanía del cuerpo es también hablar de derecho a la vida, al goce, al cuidado y a la existencia en libertad. En este sentido, la soberanía del cuerpo se entiende como un derecho fundamental para las mujeres, que se construye a partir de la resistencia a las formas de opresión patriarcal y colonial. No solo implica la libertad de decidir sobre nuestras vidas, sino también sobre los cuerpos que habitamos y que nos han sido históricamente despojados de su dignidad (Lugones, 2008, p. 85).

Desde nuestras prácticas comunitarias, la soberanía del cuerpo se teje en los pequeños actos cotidianos: en la aromática compartida, en la receta que calma el dolor, en la juntanza que abraza las heridas, en el círculo donde nos escuchamos sin juicio. Como señala Rita Segato (2016), “el cuerpo de las mujeres es el primer territorio de conquista, pero también puede ser el primer territorio de emancipación”. Recuperar ese territorio implica descolonizar nuestras cuerpas, nuestros sentires y nuestras formas de vincularnos.

Esta apuesta se manifiesta también en la educación que proponemos: una pedagogía encarnada, que parte del cuerpo como lugar legítimo del saber, de la memoria y del deseo. Frente a una educación que muchas veces nos niega o nos fragmenta, nosotras respondemos con cuerpos presentes, con cuerpas que siembran, que juegan, que curan, que narran. Como plantea Silvia Federici (2020), la lucha por el cuerpo no puede separarse de la lucha por la comunidad y por el territorio: “la reapropiación del cuerpo ha sido central para las mujeres porque es el terreno sobre el cual hemos sido redefinidas como sujetos”.

En nuestras huertas, en nuestras mochilas, en nuestras muñecas tejidas, el cuerpo no es solo una superficie: es historia, es lenguaje, es poder. Nos rebelamos contra las violencias que nos han querido marcar con miedo, culpa o vergüenza, y nos tejemos desde el amor propio, la sanación colectiva y la dignidad. Nuestra soberanía no se mendiga: se

ejerce cada vez que decimos no, cada vez que nos cuidamos, cada vez que elegimos cómo, con quién y desde dónde habitar nuestras cuerpos.

Por eso, La Mochila Sembradora también es una herramienta de soberanía corporal: porque en ella caben nuestros dolores y nuestras curaciones, nuestras memorias y nuestros deseos. Cada carta, cada receta, cada muñeca, es una forma de nombrarnos sin intermediarios, de mirarnos con ternura y de sostener la vida desde nuestras cuerpos vivas, presentes y rebeldes.

La educación con perspectiva de género

Figura 43

Expositoras de nuestros sueños



Nota: Tomado de Andres Piñeros. 2024, Upn.

La educación comunitaria, popular y barrial, en nuestro caso representada por la Escuela Agroecológica Todas por la Naturaleza, requirió de un enfoque de género que nos permitiera identificar las violencias normalizadas en nuestra vida cotidiana: en la casa, en la huerta, en las relaciones afectivas y también en los espacios de aprendizaje. Reconocer

estas violencias, muchas veces invisibilizadas o naturalizadas, nos ha llevado a iniciar procesos de deconstrucción colectiva, donde aprendemos a nombrar lo que duele, a cuestionar lo que nos limita y a crear nuevas formas de estar y enseñar, que implican asumirnos con dignidad y responsabilidad. Como señala Cortina (2007), “El ser humano es un sujeto capaz de erguirse moralmente, de asumir responsabilidades y de responder por sus actos.”

A lo largo del proceso, nos hemos enfrentado a métodos tradicionales de educación vertical, donde se espera que una “experta” o un “experto” imponga un saber técnico, sin reconocer nuestras trayectorias, ni las particularidades del territorio. Estos métodos muchas veces excluyen nuestras cuerpas, nuestras formas de aprender desde lo manual, lo oral y lo afectivo —esa dimensión de las emociones y los vínculos que Estela Quintar destaca desde la didáctica no parametral como clave para un aprendizaje auténtico y transformador.

Como mujeres huerteras, hemos sentido cómo esos enfoques nos silencian o nos infantilizan, sin validar que nuestros conocimientos —transmitidos por nuestras madres, abuelas o vecinas— también son ciencia, también son pedagogía.

Frente a eso, hemos apostado por una educación agroecológica feminista, donde el cuerpo, el juego, la memoria y la palabra son herramientas centrales. Por ejemplo, en lugar de usar fichas técnicas o manuales fríos, usamos muñecas tejidas, cartas con preguntas, semillas y plantas vivas como dispositivos pedagógicos. Esta forma de enseñar —y aprender— parte de nuestras realidades, de nuestras cuerpas y de nuestras formas de resistir en comunidad.

Como dice bell hooks:

"El aula, con todas sus limitaciones, sigue siendo un escenario de posibilidades. En ese campo de posibilidades, tenemos la oportunidad de trabajar a favor de la libertad, de exigirnos a nosotras y a nuestros compañeros una apertura de mente y de corazón que nos permita afrontar la realidad, a la par que imaginamos colectivamente cómo traspasar fronteras, cómo transgredir. Esto es la educación como práctica de libertad." (hooks, 2021, p. 266)

Pensar la educación desde una perspectiva de género implica reconocer los desafíos que enfrentamos como mujeres en un sistema que nos margina, nos impone roles de cuidado, y no reconoce nuestros aportes como conocimientos válidos. El aprendizaje no puede ser neutro ni descontextualizado: debe partir de nuestras experiencias, de nuestras historias de resistencia y de los territorios que habitamos.

“El proceso de aprender a pensar críticamente es clave para la transformación de la conciencia, y este proceso debe estar arraigado en la experiencia cotidiana de los estudiantes, especialmente en su experiencia de género y raza.” (hooks, 2017, p. 47)

En nuestra escuela agroecológica, este enfoque se concreta en *La Mochila Sembradora*, una caja de herramientas pedagógicas que recoge nuestras prácticas y saberes desde una lógica comunitaria, lúdica y afectiva. Como señala bell hooks: *“Cuando las mujeres entramos en espacios educativos y traemos nuestras experiencias al centro de la conversación, estamos desafiando una estructura de poder que ha buscado mantenernos en silencio.” (hooks, 2017, p. 84)*

Desde esta postura, visibilizamos nuestros saberes y transformamos los roles de género impuestos en el campo y en la educación. No solo aprendemos de la tierra: nos aprendemos a nosotras mismas como sujetas históricas, capaces de sembrar, enseñar, sanar y resistir. Así, la educación con perspectiva de género se convierte en un acto de resistencia, en un camino hacia la autonomía y el empoderamiento colectivo.

Figura 44



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2024, huerta.

Juego como estrategia de enseñanza-aprendizaje

Esta categoría parte de la comprensión del juego no solo como una actividad recreativa, sino como una estrategia pedagógica fundamental dentro de la educación comunitaria y popular. En nuestro proceso, el juego ha sido una herramienta que nos permite crear, dialogar, reflexionar y transformar; es decir, una forma legítima y profunda de construir conocimiento desde lo colectivo y lo vivencial.

Lejos de ser opuesto a la educación, el juego es parte de ella cuando se resignifica como práctica crítica y emancipadora. En este sentido, no decimos que la educación comunitaria sea "equiparable" al juego, sino que reconocemos que el juego puede ser una vía pedagógica coherente con los principios de la educación comunitaria: horizontalidad, participación activa, diálogo de saberes y arraigo territorial. Como señala **Francesco Tonucci**:

“El juego es una herramienta fundamental para la educación, ya que permite a los niños y las niñas participar activamente en su proceso de aprendizaje y construcción de conocimiento, en un ambiente de colaboración y respeto. El juego no es solo recreación, sino una forma de relación con el mundo, con los demás, y con el territorio” (Tonucci, 2009, p. 114)

A esta perspectiva, podemos sumar la reflexión clásica de Johan Huizinga en *Homo Ludens* (1938/2000), quien plantea que “el juego es más viejo que la cultura” (p. 1), entendiendo que el juego precede y funda la cultura humana. Huizinga sostiene que el juego es una actividad libre y significativa, elegida y vivida con sentido, en la que el ser humano explora, crea, compite y coopera. Esta dimensión lúdica, lejos de ser solo recreativa, da forma a muchas instituciones culturales, desde el derecho y la guerra, hasta el arte, la poesía y la filosofía, evidenciando que lo lúdico es un componente estructural de la sociedad.

En nuestra experiencia en la Escuela Agroecológica Todas por la Naturaleza, el juego ha sido una forma de devolverle alegría, cuerpo y creatividad al aprendizaje. Al incorporar muñecas tejidas, cartas, plantas, recetas y narrativas orales como dispositivos pedagógicos, rompimos con los métodos escolares tradicionales, que muchas veces imponen silencio, pasividad o dependencia de contenidos descontextualizados. En cambio, construimos una estrategia en la que el juego es mediación, lenguaje y territorio compartido.

Además, el juego ha sido una manera de recuperar nuestras voces y de crear entornos de confianza y afecto, especialmente importantes para mujeres que hemos vivido experiencias de violencia, desarraigo o exclusión del sistema educativo formal. Como dice Francesco Tonucci: “El juego es la manera natural como los seres humanos, especialmente en la infancia, se apropian del mundo, lo exploran, lo transforman y lo significan. Jugar es un acto de libertad y creatividad, y por eso también es profundamente político.” (Tonucci, 2008, *La ciudad de los niños*)

En este sentido, la creación de La Mochila Sembradora se convierte en una propuesta pedagógica que no separa el aprender del jugar, ni el saber del sentir, sino que los entreteje. Cada carta, cada muñeca, cada planta es un canal de memoria, resistencia y cuidado. La construcción de esta herramienta fue un proceso colectivo, donde cada una aportó desde su historia, sus saberes y su cuerpo.

La Mochila Tejedora es precisamente eso: una mediación del mundo que nos rodea y que habitamos juntas. En ella no solo enseñamos y aprendemos, sino que nos

encontramos, nos reconocemos y nos sostenemos. Por eso, el juego en nuestro proceso no es un añadido ni un adorno, sino un acto político y pedagógico que fortalece los lazos comunitarios, permite nuevas formas de expresar saberes, y nos abre caminos hacia una educación agroecológica situada, feminista y transformadora.

Conclusiones

Figura 45

Las guardianas protegemos las distintas formas de habitar el mundo



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2025, huerta.

El proceso de creación de *La Mochila Sembradora* como herramienta pedagógica nos permitió comprender que la educación no se limita a un aula, una pizarra o un currículo oficial. En nuestro caso, la pedagogía emergió del fogón, de la huerta, del tejido, de las cuerpos que cuidan y resisten. Desde esta experiencia viva en el barrio, confirmamos que la educación comunitaria con enfoque feminista, antipatriarcal y territorial es no solo posible, sino urgente.

Como futura Licenciada en Educación Comunitaria, reconozco que este proceso me ha permitido experimentar, de manera encarnada, una forma de hacer pedagogía que no reproduce las jerarquías tradicionales, sino que las cuestiona desde la cotidianidad. La

educación comunitaria no está fuera de la escuela, pero tampoco se somete a sus lógicas hegemónicas: la transforma desde adentro y desde los bordes, en diálogo con la vida, la calle, la palabra, la cuerpo y el territorio. |

A continuación, presento los hallazgos pedagógicos centrales que emergieron del proceso, desarrollados desde una reflexión colectiva, feminista y territorial:

1. La pedagogía no se limita al aula: el barrio es escuela

Suacha no fue solo el contexto de esta experiencia, sino también su maestra. La comuna 6, con su historia de desplazamiento, rebusque, autoconstrucción y abandono estatal, nos enseñó que la pedagogía se practica en cada gesto de cuidado, en cada olla comunitaria, en cada conversación de esquina. La huerta fue nuestra aula, la cocina fue nuestro espacio de reflexión, y la mochila, nuestro cuaderno de campo.

La educación debe continuar reconociendo al barrio como espacios pedagógicos legítimos, donde se enseña y se aprende constantemente. Es necesario repensar la escuela formal como una institución que puede, si no lo proponemos, abrirse al conocimiento que fluye desde los territorios populares, validando los saberes de mujeres, cuidadoras, campesinas, vendedoras y madres como parte integral del proceso educativo.

Figura 46

Entretejidas



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2025, huerta.

2. El juego como estrategia radical de aprendizaje

A lo largo del proyecto, el juego fue una vía para sanar, crear, cuestionar y aprender. Las muñecas tejidas, las cartas con preguntas, las recetas en forma de juego, nos mostraron que lo lúdico no es superficial: es profundamente transformador cuando se enraíza en nuestras experiencias. Al jugar, rompimos el miedo a la escritura, recuperamos el derecho al disfrute y resignificamos nuestras formas de aprender.

El juego es una herramienta poderosa en la educación comunitaria, especialmente con mujeres, niñas, adultas mayores y sectores históricamente excluidos. Se vuelve una forma de resistencia, porque permite aprender desde el gozo, desde la cuerpo, desde la voz propia. Educar no es imponer, sino invitar a jugar, crear, imaginar.

3. El cuidado es una práctica pedagógica y política

En el proceso, el cuidado dejó de ser una carga invisibilizada para convertirse en un eje pedagógico. Nos cuidamos entre todas: en los círculos de palabra, en los convites, en los talleres, en los silencios respetados. Reconocimos que el cuidado no es una actividad “femenina” asignada por el patriarcado, sino una estrategia profunda de sostenimiento de la vida, una forma de educar en el afecto, la empatía y la colectividad.

Nuestros cuerpos también se revelaron como lugares desde donde emerge el cuidado. Como lo expresa Barragán (2019), *“nuestros cuerpos son los primeros territorios que habitamos y defendemos. La pedagogía nace cuando ese cuerpo se convierte en lenguaje, en escucha, en lucha por la vida”* (p. 18). Esta conciencia nos llevó a situar el cuidado no solo como práctica, sino como pedagogía encarnada que transforma la forma en que nos relacionamos, aprendemos y resistimos.

Educar también es cuidar. Reconocer el cuidado como saber y como pedagogía transforma las relaciones en cualquier espacio de aprendizaje. Es urgente construir prácticas

educativas donde la vulnerabilidad, la escucha, el acompañamiento y la reciprocidad no sean excepción, sino fundamento.

Figura 47

Veo veo



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2025, huerta.

4. La agroecología es saber encarnado, no solo técnica

Este proyecto no “enseñó agroecología”: la vivió. La tierra, la semilla, la luna y las plantas medicinales fueron nuestras maestras. No aprendimos en módulos, sino en sembrados; no evaluamos con rúbricas, sino con cosechas compartidas. La agroecología, en clave feminista y comunitaria, se convirtió en una pedagogía para habitar el mundo de otra forma: en armonía con la tierra y en lucha contra el extractivismo capitalista.

La agroecología, desde la educación comunitaria, debe ser comprendida como una herramienta de soberanía: sobre la cuerpo, el territorio, la alimentación y el conocimiento. Aprender a sembrar es también aprender a resistir; conocer las plantas es recuperar la historia; cuidar la tierra es cuidarnos entre nosotras.

Figura 48

El vuelo de las vecis



Nota: Tomado de Tatiana Gonzalez. 2025, huerta.

5. Las mujeres somos sujetas pedagógicas, no receptoras pasivas

Este proceso evidenció que las mujeres que habitan Suacha no son “beneficiarias” ni “población objetivo”: son creadoras de saber, formadoras comunitarias, tejedoras de vida y conocimiento. Cada mujer que participó aportó desde su historia, su corporalidad, sus dolores y su alegría. Nos educamos mutuamente sin jerarquías, desde el reconocimiento de nuestras diferencias y potencias.

Como afirma Elizabeth Jelin (2014), “las mujeres organizadas no solo transforman sus realidades, también producen pedagogías de lo cotidiano que desbordan los marcos escolares” (p. 76). Este proyecto lo confirma: nuestras experiencias no se limitan a reproducir saberes existentes, sino que crean nuevos caminos de enseñanza desde la vida misma.

Cualquier propuesta educativa que pretenda ser transformadora debe partir del reconocimiento pleno de las mujeres como sujetas activas, políticas y pedagógicas. Esto implica no solo visibilizar sus aportes, sino también legitimar sus formas de producir conocimiento desde el cuerpo, la experiencia, la memoria y el territorio. En nuestro proceso, nosotras, las mujeres de Suacha no fuimos únicamente participantes, sino tejedoras de sentidos, sembradoras de saberes y constructoras de propuestas pedagógicas ancladas en

su cotidianidad. Reivindicar su protagonismo es también disputar los modos tradicionales de educar, investigar y narrar la realidad. Por eso, *La Mochila Sembradora* no es solo una herramienta didáctica, sino una expresión viva de estas resistencias encarnadas en prácticas comunitarias y feministas.

En resumen, *La Mochila Sembradora* no es el fin de un proyecto, sino el inicio de muchos otros. Nos ha permitido reconocernos como mujeres que aprenden, enseñan, resisten y crean juntas. Desde la Licenciatura en Educación Comunitaria, este proceso reafirma nuestra apuesta por una educación situada, afectiva, feminista, popular y viva. Una educación que abraza el territorio, cuida nuestras cuerpos, honra la memoria y transforma la realidad.

Aprendizajes que florecen: el impacto formativo en nosotras

Uno de los frutos más potentes de este caminar ha sido el impacto formativo que se ha sembrado en cada una de nosotras. No hablamos solo de aprendizajes técnicos, sino de transformaciones profundas, de esas que se sienten en el cuerpo, en la mirada, en el deseo de seguir caminando.

La señora Nubia, quien ha sido guardiana amorosa de nuestra huerta, hoy hace parte de varios procesos agroecológicos del municipio y logró, gracias al puente solidario con la señora Luz, vincularse laboralmente a un proyecto de huerta en la Universidad Nacional. Así mismo, la señora Constanza —quien cuida, cocina y vende tamales— hoy se encuentra cursando un diplomado en agroecología en el SENA. Estos logros no nacen del azar, sino del deseo compartido de aprender, de insistir, de sabernos valiosas. *La Mochila Sembradora* sembró también confianza y posibilidad.

Además, muchas de nosotras estamos más atentas a nuestro propio cuidado, no solo físico sino emocional. Reconocemos que cuidarnos entre nosotras es también resistir. Este impulso colectivo ha dado origen a un nuevo sueño: *Casa Taller Loma*, una iniciativa nacida desde la juntanza, donde imaginamos una casa-refugio para compartir talleres con

enfoque ecofeminista, seguir sembrando saberes y fortalecer nuestra autonomía. Ya no pensamos el cuidado como algo individual o aislado, sino como una apuesta política y comunitaria que sigue germinando en red.

Este caminar se entreteje con otras experiencias de mujeres en Latinoamérica que también han defendido sus cuerpos-territorio desde la siembra y el cuidado colectivo. Como lo expresa el colectivo Mujeres por la Dignidad (2016): *“Defender la tierra es defender el cuerpo. Sembrar es nuestra forma de resistir al despojo. Nuestras prácticas agroecológicas no solo alimentan, también curan, también enseñan, también acompañan”* (p. 42). En esa misma raíz se ancla nuestra Mochila Sembradora: como cuerpo que guarda, camina y multiplica vida.

Tensiones del camino: las dificultades también enseñan

Ahora bien, este proceso, como toda siembra, también tuvo su tiempo de sequía, de roces, de cansancio. Sostener un proceso comunitario entre mujeres que somos trabajadoras, estudiantes, madres, cuidadoras y habitantes del rebusque diario no fue fácil. Los tiempos siempre fueron una tensión: llegar a los encuentros, responder en el grupo de WhatsApp, coincidir para sembrar o escribir... no siempre fue posible.

También emergieron silencios incómodos y conversaciones pendientes. A veces dolía sentir que algunas hacían más y otras menos, que los diálogos no fluían con ternura, que se juzgaba quién escribía, quién no respondía, quién llegaba tarde. Pero ahí también aprendimos: que el conflicto no es un fracaso, sino parte del tejido; que el respeto y la palabra sincera son caminos que aún estamos aprendiendo a recorrer.

Reconocemos que necesitamos seguir fortaleciendo nuestros espacios de diálogo amoroso, construir confianza sin idealizar, abrazar los límites sin dejar de insistir. Porque la comunidad no se decreta: se cultiva, se cuida y se riega con paciencia, con cariño y con escucha.

Bibliografía

Asamblea de Mujeres Populares y Diversas del Ecuador. (2013). *Cuerpo, territorio y soberanía alimentaria: Reflexiones para la vida*. Ediciones Abya-Yala.
https://biblioteca.clacso.edu.ar/Ecuador/iee/20170626051607/pdf_455.pdf

Espinosa Miñoso, Y. (2011). *El patriarcado al desnudo: Perspectivas decoloniales para una política feminista desde el sur*. Ediciones En la Frontera.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido* (p. 92). Siglo XXI Editores.

Hernández, C. (2011). *El conocimiento campesino y los saberes ancestrales en la vida rural*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Hooks, b. (1994). *Teaching to transgress: Education as the practice of freedom* (p. 202). Routledge.

Hooks, b. (2017). *Enseñar a transgredir: La educación como práctica de la libertad*. Capitán Swing.

Hooks, b. (2021). *Enseñar pensamiento crítico: Sabiduría práctica*. Capitán Swing.

Iño, W. (2018). Investigación educativa desde un enfoque cualitativo: La historia oral como método. En *Voces de la educación* (pp. 93–110).

Korol, C. (2017). *Pedagogías feministas desde Abya Yala: Ideas y experiencias de educación popular*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Moreno Cabrera, J. C. (2018). *El nacionalismo lingüístico: Una ideología destructiva*. Ediciones Península.

Maluf, R. (2008). *Seguridad alimentaria y nutricional: Un enfoque de derecho y de soberanía* (p. 27). Fundación Grupo Apoyo.

Cápsulas de Memoria. (s.f.). *Suacha o Soacha*. Radio Nacional de Colombia. Recuperado el 12 de abril de 2025, de https://capsulasdememoria.com/suacha-o-soacha?utm_source=chatgpt.com

FUHEM Ecosocial. (2019). *Hambrunas y alimentos: Vandana Shiva*. <https://www.fuhem.es/wp-content/uploads/2019/08/SHIVA-Vandana-Hambrunas-y-alimentos.pdf>

La Vía Campesina. (2021). *Soberanía alimentaria: Una propuesta por el futuro del planeta*. <https://viacampesina.org/es/la-via-campesina-soberania-alimentaria-un-manifiesto-por-el-futuro-del-planeta/>

Red ALAS Tensas. (s.f.). *Desafiando el machismo académico: Una mirada feminista necesaria*. https://alastensas.com/opinion/desafiando-el-machismo-academico-una-mirada-feminista-necesaria/?utm_source=

Cinde. (s.f.). *Re-existencia*. <https://repository.cinde.org.co/handle/20.500.11907/2534?show=full>

Habermas, J. (1972). *Conocimiento e interés* (J. Aricó, Trad.). Taurus.

La Vía Campesina. (2007). *Soberanía alimentaria: Una propuesta de La Vía Campesina*. <https://viacampesina.org/es/soberania-alimentaria-una-propuesta-de-la-via-campesina/>

Lugones, M. (2008). Colonialidad y género: El cuerpo de las mujeres en la historia de la opresión. En M. Lugones & F. Fernández (Eds.), *Colonialidad y género* (pp. 75-90). Editorial CLACSO.

Mujeres por la Dignidad. (2016). *Tejiendo resistencias desde la tierra: Mujeres indígenas en defensa de la vida*. Editorial Feminista del Sur.

Motta, S. C. (2020). *Constructing critical consciousness: Narratives that unmake and remake power*. Rowman & Littlefield.

Barragán, C. (2019). *Pedagogías del cuerpo y la ternura en territorios en resistencia*. Editorial Universidad Pedagógica Nacional.

Jelin, E. (2014). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.